

ZBIGNIEW HERBERT

UN BÁRBARO  
EN EL JARDÍN

TRADUCCIÓN DEL POLACO  
DE XAVIER FARRÉ

BARCELONA 2010



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Barbarzyńca w ogrodzie*

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 2004 by Katarzyna Herbertowa, Halina Herbert-Zebrowska  
© de la traducción, 2010 by Xavier Farré Vidal  
© de esta edición, 2010 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S.A.U.

Este libro ha recibido una subvención del Instytut Książki,  
a través del programa de traducción © POLAND



En la cubierta, pinturas rupestres de la cueva de Lascaux.

ISBN: 978-84-92649-51-8

DEPÓSITO LEGAL: B. 23 346-2010

AIGUADEVIDRE *Gràfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *julio de 2010*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## DEL AUTOR

¿Qué es para mí este libro? Una colección de apuntes. El relato de mis viajes.

En primer lugar, un viaje real por ciudades, museos y ruinas. En segundo lugar, un viaje a través de los libros que tratan sobre los lugares visitados. Dos visiones, o dos métodos, que se entrelazan.

No he elegido una forma más fácil, como un diario de impresiones, ya que podría desembocar en una letanía de adjetivos y de exaltación estética. He creído necesario aportar ciertos conocimientos sobre civilizaciones lejanas, y como no soy un especialista, sino tan sólo un diletante, he renunciado a los encantos de la erudición: la bibliografía, las notas a pie de página o los índices. En realidad, mi intención era escribir un libro destinado a los lectores en lugar de a los estudios académicos. En el arte me interesa el valor intemporal de la obra (la eternidad de Piero della Francesca), su estructura técnica (cómo se coloca una piedra en una catedral gótica) y también su relación con la historia. Como gran parte de las siguientes páginas están dedicadas a la Edad Media, he decidido añadir dos ensayos históricos: uno sobre los albigenses y otro sobre los templarios, que expresan la confusión y la cólera de aquella época.

Si tuviese que elegir un lema para todo el libro, copiaría la siguiente frase de Malraux:

Al atardecer, mientras Rembrandt continuaba dibujando, todas las Sombras de los ilustres y las de los pintores de las cuevas seguían con la mirada la mano vacilante que les otorgaba una nueva permanencia más allá de la muerte o les concedía un nuevo sueño.

## LASCAUX

Si Altamira es la capital del arte parietal, Lascaux es su Versailles.

HENRI BREUIL

Lascaux no aparece en ningún mapa oficial. Se puede decir que no existe, al menos en el mismo sentido en que existen Londres o Radom. Tuve que preguntar en el Musée de l'Homme de París para saber dónde estaba exactamente.

Fui a Lascaux a principios de la primavera. El valle de Vézère se extendía en su verdor fresco e inacabable. Los fragmentos del paisaje que se veían desde el autobús recordaban un cuadro de Bissière. Una textura de tierno verdor.

Montignac. Un pueblo donde no hay nada que ver excepto una placa conmemorativa en honor de una respetable comadrona:

*Ici vécut Mme. Marie Martel—sage-femme—officier d'Académie. Sa vie a été de faire le bien. Sa joie d'accomplir son devoir.*

[Aquí vivió la Sra. Marie Martel—mujer sabia—oficial de la Academia. Su vida fue hacer el bien. Su recompensa, cumplir con su deber].

Más bello, imposible.

Desayuno en un pequeño restaurante, pero ¡qué desayuno! Una tortilla de trufas. Las trufas pertenecen a la historia de las locuras humanas y, en consecuencia, a la historia del arte. Así pues, diremos algunas palabras sobre las trufas.

Son un tipo de setas subterráneas que viven como pará-

sitos de otras plantas de las que sacan el jugo. Para descubrirlas se utilizan perros o cerdos, que se distinguen, como es bien sabido, por su gran olfato. También cierto tipo de moscas nos indican dónde se encuentran esos tesoros gastronómicos.

Las trufas alcanzan unos precios muy altos en el mercado, de ahí que los habitantes de los alrededores hayan sucumbido a una auténtica búsqueda febril. Han cavado la tierra y han destrozado los bosques, que se han secado lamentablemente. La desgracia de las malas cosechas se apoderó de grandes extensiones de tierra, puesto que esta seta segrega una sustancia venenosa que vuelve yerma la tierra. Y además es muy quimérica y considerablemente más difícil de cultivar que los champiñones. Con todo, una tortilla de trufas es deliciosa, y su aroma, ya que en el fondo no tienen sabor, es incomparable.

Se sale de Montignac por una autopista que se eleva, describe un arco, se adentra en el bosque y se interrumpe de repente. Un aparcamiento. Un puesto de Coca-Cola y postales de colores. Los que no quieren entretenerse con las reproducciones son conducidos a una especie de casa de campo, y después a unos subterráneos de cemento que recuerdan un búnker. Se cierran los cerrojos, como en una caja de caudales, y, por un momento, estamos a oscuras esperando la iniciación. Finalmente se abre otra puerta que conduce al interior. Estamos en la cueva.

La luz eléctrica es fría y repugnante, pero no es difícil imaginar cómo era la cueva de Lascaux cuando la luz viva de las antorchas y de las lamparillas ponía en movimiento las manadas de toros, de bisontes y de ciervos pintados en las paredes y en la bóveda. Y a todo esto, la voz del guía que farfulla las explicaciones. Es como la voz de un sargento leyendo las Sagradas Escrituras.

Los colores: el negro, el marrón, el ocre, el rojo cobrizo, el carmesí, el malva y el blanco de las piedras calizas. Son más intensos y vivos que en cualquier fresco renacentista. Los colores de la tierra, de la sangre y del hollín.

Las imágenes de los animales, generalmente vistos de perfil, están representadas en movimiento y esbozadas con un gran dinamismo y con ternura a la vez, como las cálidas mujeres de Modigliani. Todo da una sensación de caos, como si un genio loco lo hubiese pintado con prisa, con una técnica cinematográfica llena de planos cortos y largos. Y al mismo tiempo presenta una composición homogénea y panorámica, aunque todo parece indicar que a los artistas de Lascaux las reglas les traían sin cuidado. Las diferentes imágenes son de varios tamaños, van desde algunos centímetros hasta más de cinco metros. Tampoco faltan palimpsestos, es decir, unas pinturas sobre otras; en una palabra, un desorden clásico que, no obstante, transmite una sensación de armonía.

La primera sala, llamada la sala de los toros, tiene una bonita cúpula natural como si fuera de nubes congeladas. Mide diez metros de ancho por treinta metros de largo y puede albergar a cien personas. El zoo de Lascaux se abre con la imagen de un bicornio.

Esta criatura fantástica tiene el cuerpo fornido, el cuello corto y una cabeza pequeña que recuerda a la de un rinoceronte y de la que salen dos cuernos inmensos y erguidos. No se parece a ningún animal vivo o a ningún fósil. Su misteriosa presencia en la entrada anuncia que no asistiremos a un atlas de historia natural, sino a una región de culto, de conjuros y de magia. Los historiadores de aquella época están de acuerdo en que la cueva de Lascaux no era una cueva para vivir, sino un santuario, una Capilla Sixtina subterránea de nuestros antepasados.

El río Vézère serpentea entre las colinas calcáreas cubiertas de bosques. En su curso inferior, antes de desembocar en el Dordogne, se descubrió el mayor número de cuevas habitadas por el hombre del Paleolítico cuyo esqueleto, encontrado en Cro-Magnon, se parece al de un hombre contemporáneo. El hombre de Cro-Magnon provenía probablemente de Asia y después de la última glaciación, es decir, aproximadamente unos treinta o cuarenta mil años antes de nuestra era, empezó su conquista de Europa. Aniquiló sin piedad al Hombre de Neandertal (que era inferior en la escala evolutiva), ocupó sus cuevas y sus terrenos de caza. La historia de la humanidad había empezado bajo la estrella de Caín.

El sur de Francia y el norte de España eran territorios en los que el nuevo conquistador, el *homo sapiens*, creó la civilización que los historiadores han denominado franco-cantábrica. Se desarrolló en el Paleolítico Inferior, también llamado época de los renos. Ya desde el Paleolítico Medio los alrededores de Lascaux eran una auténtica tierra prometida, no sólo un paraíso donde fluían la miel y la leche, sino también la sangre caliente de los animales. Así como después las ciudades aparecerían en las confluencias de vías comerciales, en la Edad de Piedra las colonias humanas se concentraban siguiendo el rastro de los cuadrúpedos. Cada primavera, manadas de renos, de caballos salvajes, de vacas, de toros, de bisontes y de rinocerontes pasaban por estas tierras en dirección al verde pasto de Auvernia. La misteriosa regularidad y la bendita falta de memoria de los animales que cada año seguían aquel mismo camino hacia una masacre segura eran para el hombre del Paleolítico algo tan milagroso como el desbordamiento del Nilo para los antiguos egipcios. En las paredes de la cueva de Lascaux se pueden leer fervientes súplicas para que ese orden del mundo durara eternamente.

Por eso, seguramente los pintores de la cueva son los mejores pintores de animales de todos los tiempos. Para ellos, los animales no eran como el fragmento de un agradable paisaje pastoril para los holandeses, sino que los veían como una exhalación, con un miedo cervical, vivos, pero ya marcados por la muerte. Sus ojos no contemplaban un objeto, sino que lo trababan con su lazo de contornos negros con la precisión de un perfecto asesino.

La primera sala, que probablemente era el lugar donde se celebraban los rituales de caza (venían con lamparillas de piedra para sus ritos guturales), recibe su nombre de cuatro grandes toros, el más grande de los cuales tiene cinco metros y medio de largo. Estos magníficos animales dominan sobre una manada de caballos pintados y de frágiles ciervos con cuernos fantásticos. Su estampida hace estallar la cueva. En sus ollares hinchados se condensa un ronco aliento.

La sala conduce a un estrecho pasillo sin salida. Aquí reina *l'heureux désordre des figures* [el feliz desorden de las figuras], tal como dicen los franceses. Vacas rojas, caballitos infantiles, machos cabríos salen en desbandada con una confusión indescriptible. Un caballo derribado, tumbado sobre el lomo, con los cascos alzados hacia el cielo calizo, demuestra la manera de cazar que algunas tribus primitivas de cazadores siguen practicando hoy en día: con fuego y gritos se conduce a los animales hacia una roca escarpada de la que se caen y mueren.

Uno de los más bellos retratos de animales, y no únicamente del arte del Paleolítico sino de todos los tiempos, es el llamado *Caballo chino*. El nombre no indica la raza; es un homenaje a la perfección plástica del maestro de Lascaux. Negro, con un suave contorno a veces saturado y otras casi borrado, no sólo representa la silueta, sino que modela la masa del cuerpo. Tiene la crin corta, como los caballos de



circo, galopa, retumban los cascos. El ocre no cubre todo el cuerpo, la barriga y las patas son blancas.

Soy consciente de que es inútil cualquier descripción o inventario de elementos ante esta obra maestra, que posee una armonía tan evidente y deslumbrante. Tan sólo la poesía y las fábulas tienen el poder inmediato de crear las cosas. Y uno quisiera decir: «Érase una vez un caballo de Lascaux».

¿Cómo conciliar este arte refinado con la práctica brutal de los cazadores prehistóricos? ¿Cómo consentir las flechas que traspasan el cuerpo del animal, este asesinato imaginario del artista?

Los pueblos de cazadores que habitaban en Siberia antes de la revolución vivían en condiciones similares a las del hombre de la época de los renos. Lot-Falck, en su libro *Les rites de chasse chez les peuples sibériens* [Los rituales de caza entre los pueblos siberianos], dice:

El cazador trataba al animal como a un ser que era al menos igual a él. Al ver que también cazaba para alimentarse, pensaba que tenía el mismo modelo de organización social. La superioridad del hombre se manifiesta tan sólo en el campo de la tecnología, a través de la introducción de las herramientas; en el campo de la magia, el hombre atribuye al animal una fuerza que no es menor a la suya. Por otra parte, el animal está por encima del hombre en varios aspectos: gracias a su fuerza física, a su agilidad, a la perfección de su oído y su olfato; en definitiva, todas las virtudes que valoraban los cazadores. En el campo espiritual le reconoce aún más cualidades...

El animal tiene un contacto más directo con lo divino, está más cerca de las fuerzas de la naturaleza que él mismo encarna.

Todo eso todavía puede ser comprensible para el hombre contemporáneo. Los abismos de la paleopsicología empiezan cuando se habla de la relación del asesino con la víctima:

La muerte del animal depende, al menos parcialmente, de él mismo: tiene que expresar su consentimiento para que le maten, tiene que sellar un pacto con su asesino. Por ese motivo, el cazador vela por el animal y tiene un gran interés en entablar con él la mejor relación posible. Si un reno no ama al cazador, no se va a dejar matar.

Así pues, nuestro pecado original y nuestra fuerza es la hipocresía. Tan sólo un ávido amor mortal puede explicar el encanto del bestiario de Lascaux.

A la derecha de esta gran sala, un pasillo tan estrecho que por él sólo podría pasar un gato desemboca en la parte denominada la nave y el ábside. En la pared de la izquierda llama la atención una gran vaca negra, no sólo por la perfección del dibujo, sino también a causa de dos misteriosas señales que aparecen claramente bajo sus pezuñas. No son las únicas señales que nos desconciertan.

El símbolo de la flecha que atraviesa al animal es claro para nosotros, puesto que en la Edad Media las brujas conocían esta práctica mágica (matar la imagen), que se llevaba a cabo en las cortes renacentistas e incluso se ha mantenido hasta nuestros tiempos racionales. Pero ¿qué son los cuadros como de un ajedrez de colores que se hallan bajo las pezuñas de la vaca negra? El *abbé* Breuil, el papa de la prehistoria, un excelente conocedor no sólo de las cuevas de Lascaux, ve en ellos los símbolos de los clanes de cazadores, el origen lejano de los escudos de armas. También existe la hipótesis de que eran modelos de trampas para animales. Otros estudiosos ven en ellos ejemplos de cabañas. Para Raymond Vaufray, sencillamente son mantas hechas con pieles de animales pintadas, como las que hoy en día se pueden encontrar en Rodesia. Todas estas conjeturas son verosímiles, pero ninguna de ellas es definitiva. Tampoco